

Enrique Molina

## El tema eterno



L tema eterno del alma inquieta y ansiosa de totalidad es Dios, Dios y los hombres. En el correr de los siglos la inteligencia ha resuelto infinidad de problemas, pero cada solución la ha dejado al borde de algo nuevo y desconocido y la razón ha proclamado que siempre habrá algo desconocido que es como la sombra de Dios. «Sé hoy día, sé por experiencia, dice Duhamel, que las necesidades y deseos de los hombres son infinitos. Al transeúnte que os detiene y os pide fuego, dejadlo hablar solamente: al cabo de diez minutos os pedirá a Dios... Todos quieren obscuramente a Dios y la vida eterna, aunque sean por lo demás, cínicos, escépticos, groseros, insensibles» (1).

Las pruebas de la existencia de Dios, ideadas y repetidas por filósofos y teólogos no llevan de por sí a nadie al convencimiento, salvo al que ya lo siente por intuición mística o ha recibido la influencia de la tra-

---

(1) C. Duhamel «Défense des lettres». Pág. 122.

dición y de la educación religiosa. Para Kant, Dios es primero una idea dialéctica de la razón pura que no corresponde a ninguna realidad. Luego lo presenta como un postulado de la razón práctica que tampoco asegura su realidad.

Se puede dudar de la existencia de Dios. ¿Por qué son lotes de los hombres la miseria, el mal y el dolor? ¿Por qué son los hombres injustos, se explotan y se despedazan entre sí en lugar de ayudarse? ¿Por qué las virtudes de la santidad, del heroísmo y aun de la simple humanidad parecen la excepción? Preguntas que se ha hecho el alma perpleja y desconsolada. Las discusiones acerca del origen de estas calamidades y sobre quien sea el causante de ellas han sido interminables.

Pero en medio de estas dudas angustiosas no es posible sustraerse al problema divino. Este nos acompaña, nos sigue, nos persigue, nos envuelve. En los afanes del trabajo y en el torbellino de las horas mundanas muchos hombres lo olvidan. Otros tratan de suprimirlo, pero no lo consiguen. El sarcasmo, cinismo de los seres inferiores, que en estos casos se suele gastar, de nada sirve. Ni aun de consuelo a los mismos incomprensivos que lo lanzan. En los grandes momentos el problema nos impone su presencia. Aletazos del buho de lo arcano nos recuerdan la obscuridad que nos rodea.

Cuando el sol de las pasiones caldea la piel el tema, como río subterráneo, corre silencioso y oculto,

para reaparecer más tarde a su hora. De vuelta del viaje embriagador de los arrebatos pasionales, agotadas las fuerzas para el placer, el hombre se pregunta: ¿Y Dios, y Dios?, queriendo decir: «¿Qué es Dios, para qué nos hizo, por qué se oculta?».

Por doquiera palpitan la trepidación y el rechinar de las máquinas del progreso. No hay rincón de la tierra a donde no lleguen las alas inventadas por el hombre y donde no vibre la voz humana llevada por las ondas que ha sabido encadenar. Los telescopios siguen el suave giro de las estrellas y de los planetas y escudriñan los senos del universo. Los microscopios, retortas y balanzas examinan, disgregan y pesan átomos y células en los laboratorios y revelan secretos portentosos. Los psicólogos, moralistas y novelistas acumulan libro sobre libro para analizar los pliegues del alma.

Inmensos son los adelantos realizados por el hombre, prodigiosos sus métodos científicos, enorme los mejoramientos que ha introducido en las condiciones de su existencia. Mas ¡ay! por todas partes lo limita el misterio, desde la infinitud de los mundos interplanetarios hasta las maravillas de la vida y el secreto de la muerte. No hay análisis psicológico, ni menos aun fisiológico o histológico, ni glándulas de secreción interna capaces de explicar la expresión de los ojos, de los ojos de una madre, de una alma pura, de los que hablan de amor. No cabe más que admirarlos, y, cuando es posible, adorarlos, bañarse en ellos. Son

ojos que sumen en atisbos de lo infinito, que traen mensajes de esferas de beatitud.

La esfinge continúa a la entrada de la Ciudad de los Hombres. Edipo no la ha muerto y no la matará jamás. ¿Dios? Pero Dios no puede ser objeto de percepción sino de obsesión detrás de las cosas perceptibles. La esfinge ya no es un monstruo devorador de los que pasan por delante de ella y se muestran incapaces de descifrar sus enigmas pueriles. Es una actitud bifronte. Tiene una cara de sombras, muda para los que sólo ven los datos de la percepción y es columna de luz que, aunque siempre enigmática, infunde, junto con inquietudes, conformidad, esperanza y orientación ética a los que buscan un sentido tras las formas de las cosas inexplicables y efímeras.